

XXVI

Al despertarse Nelo al otro día, sorprendió á su hermano fumando la pipa, de codos en la abierta ventana del cuartuco, tan absorto, que ni

se volvió al ruido que hacía Nelo vistiéndose.

Un tanto picada su curiosidad, Nelo empezó á atisbar, por cima del hombro de su hermano, lo que así podía interesarle en la pared frontera. Era una muralla que co-

menzaba en color de estiércol y remataba en color de sebo; separábala un patio de unos quince pies, y sobre la totalidad de su superficie, de cinco pisos de alto, asomaba un montón de apéndices y objetos suspendidos en el tenebroso agujero para buscar luz y claridad diurna. Este aparato principiaba más arriba de un almacén cerrado con formidables barras de hierro, como tienda de barrio de judería, y en una galería de podrido maderamen, donde se veía, entre desportilladas bacinillas, un ramo de flores puesto en una lechera de metal blanco. Sobre el techo mohoso y verdoso de la galería estaba construida con tablas y enverjados vetustos, cogiendo todo el anchor del patio, inmensa jaula de conejos, y entre cielo y tierra se destacaban sobre fondo rojo los blancos y asustados bichos. Más arriba, ventanas de todas hechuras y edades, abiertas como al azar, sujetaban entre las mallas de redes de gruesa cuerda, jardinetes de flores amarillas que vegetaban en cajones de tablón. Y — todavía más alto, — pendía del muro un gran cesto de mimbres de los que sirven para calentar ropa de baño; cesto que el propietario había

transformado en jaula donde revoloteaba una pega. Finalmente, en la cúspide, al lado de un ventanillo, cerca de una canal, estaba puesto á secar, á caballo de un bramante, un traje de chaconada con lunares color rosa.

Después de tal revista, los ojos de Nelo se convertían atónitos hacia los de su hermano, notando que éste no veía cosa alguna de cuantas miraba.

—¿En qué piensas, Juan?

—¡En marcharnos á Londres!

—¿Y el Circo?

—Calma, muchacho... Todo se andará, y el Circo también... — replicó Juan midiendo á pasos agitados el chiribitil. — Lo que has visto en el Circo no te produjo el mismo efecto que á mí, no señor... Pues se trata de que lo que hacemos nosotros, esos ingleses lo hacen de un modo distinto... y mejor hecho. ¡Diantre de ingleses! ¡Vaya un trabajo precioso para estudiado donde lo inventaron, allí mismo!... Esas gentes reúnen velocidad y fuerza...; se me figura que nosotros nos dislocamos demasiado, derrochamos trabajo para adquirir soltura, y con ese achaque perdemos rapidez en las contrac-

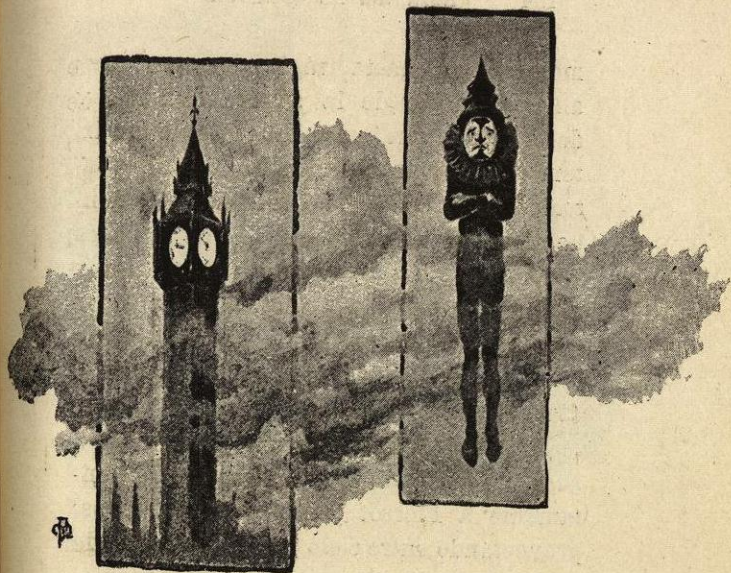
ciones musculares... Mira tú que es notable esto: ayer parecía como si de repente me descubriesen los secretos de nuestro oficio, y lo que nos conviene á los dos... ¡Qué simplón! Lo de ayer era lo de papá y lo nuestro reunido, ¿sabes? Sí, enredos en que el gimnasta parece actor á veces... Cuando tú animés ese negocio con tus gracias, hermanillo mío... Porque, al fin y al cabo, alguna vez hemos de salir de cabriolas emperejiladas...

Observando un mohín de tristeza en el rostro de su hermano, añadió:

—Y tú ¿qué dices?

—Que siempre tienes razón, mayorazgo— respondió suspirando Nelo.

Miró Juan á su hermano con tierna y callada emoción, que se reveló en el imperceptible temblor de sus dedos, entretenidos en cargar otra pipa.



XXVII

Es Inglaterra el país europeo que ha ideado asociar el ingenio á la materialidad brutal de un ejercicio de fuerza. Allende la Mancha han transformado la gimnasia en pantomima, trocando un juego sandio de nervios y músculos en algo divertido,

melancólico, hasta trágico en ocasiones; allí, por medio de la soltura, agilidad y destreza corporal, se dedican á hacer reír, temblar ó soñar como en las escenas teatrales. Sí; fué en la Gran Bretaña donde creadores desconocidos — de quienes apenas quedan algunos nombres del siglo XVIII desparramados por las hojas marginales del Circo de Astley—obtuvieron el hallazgo de un género nuevo de comedia satírica. Equivalía á la renovación de la farsa italiana, en que el payaso, el *bobo rústico*, el gimnasta actor, encarnaba juntamente á Pierrot y Arlequín redivivos, proyectando entre cielo y tierra la ironía de ambos tipos, la mueca del blanco enharinado, extendida y como paseada sobre toda la musculatura de su burlona academia.

¡Hecho digno de nota! Acontece en la patria de Hamletó que el genio nacional sella esta creación, completamente inglesa, con la estampilla de su carácter de flemma y negro tedio, modelando su alegría, si cabe la frase, con el elemento cómico del esplin.



XXVIII

El año que llegaron los dos hermanos á Londres, existía en Victoria Street un lugar conocido por *las Ruinas*. Era un inmenso terreno donde la comisión de *Mejoras metropolitanas* había mandado demoler tres ó cuatro centenares de casas; espacio desierto, salpicado de hundimientos, que perfilaban sobre el cielo lienzos de muralla vieja,

en pie todavía, al lado de cimientos de casas nuevas, cuya construcción estaba paralizada; tierra de basurero y escombros, pedazo de abandonada capital, donde sobre un suelo de yeso, conchas de ostras y cascotes de botellas, comenzaba á apuntar una hierba miserable: en suma, una especie de Huerto de San Lázaro. Años hacía que las Ruinas eran conventículo y gimnasio al aire libre para todos los acróbatas, gimnastas, trapevistas de volante ó fijo, payasos, volteadores, funámbulos, equilibristas sin colocación, la gente, en suma, que nació *en el serrín* (1) ó quiere vivir en él: allí, en una palabra residía la escuela de donde, andando el tiempo, salieron Franck Berington, Costello, Jemmy Lee, Bill Georges, Joé Wehl, Alhambra Joé. De noche, sobre todo, ofrecían las Ruinas curioso espectáculo. En la oscuridad del derribo, entre los sombríos lienzos de murallas, de siluetas un tanto temerosas, á través del vuelo giratorio

(1) En los circos ingleses el serrín hace veces de arena, y de ahí la frase *nacer en el serrín*, aplicada á las gentes del oficio, y también la especie de proverbio que dice: «Para el payaso viejo, el olor del serrín es como para el marino viejo el de la brea.»

de los podridos fragmentos de papel pintado que el viento arrebatava, entre la huida de pjaras de asustados ratones, á tanta distancia cuanto se prolongaba la neblinosa y tenebrosa extensión, descubriáanse vagamente, á la luz de cuatro cabos de vela hincados en tierra, y por cima del temblequeteo de una pálida claridad, sombras de cuerpos humanos que se paseaban ó volteaban en la negrura del firmamento.

Al principio Juan y Nelo miraron como trabajaban los demás; luego, al cabo de una semana, trajeron sus chismes y sus candelicas; y una vez sujeto el trapecillo á los largueros de una puerta grande, cogida en una casa que ya no era sino fachada, pusiéronse á trabajar, entre la admiración de los ingleses.

Tenían los dos franceses por vecino de ejercicios á un hombre luengo y flaco, de piernas como palitroques, tísico que se ejercitaba en serpear por entre los palos de una silla: era el irlandés dislocado, conocido por *Lombriz de tierra*, que con las piernas plegadas hacia atrás, sirviéndole de corbata, se hacía una pelota, rodaba, rompía un hueso de melocotón con el trasero. Averigua-

ron de éste que allí los directores no contratan directamente, y que el monopolio de toda contrata para los Tres Reinos está exclusivamente en manos de dos hombres residentes en Londres: el señor Maynard, domiciliado en York Road Lambeth, y el señor Roberto, que vivía en Compton Street. Advirtió también *Lombriz de tierra* á los hermanos que los tales caballeros acostumbraban quedarse con el 15 por 100 de comisión sobre las contratas que hacían.

Fuéronse una mañana Juan y Nelo á casa del señor Roberto, subiendo una escalera en cuyos peldaños amas de cría despeinadas y despechugadas daban de mamar á sus críos, fumando al mismo tiempo, con la cabeza recostada en la muralla, largas pipas corvas.

Aguardaron su vez los dos hermanos en una especie de antesala, cuyos muros guarnecían de alto á bajo marcos chicos de madera sin pintar, colocados á tope, y que encerraban fotografías de todas las celebridades de circo, gimnasio y café cantante de Europa.

De las fotografías pasaron á considerar las gentes que salían del gabinete de las con-

tratas, oyéndolas nombrar á sus compañeros de espera. Allí Hassán el Arabe; allí el tío Zamezú, con su sombrero de fieltro de anchas alas y su abrigo color de uva de corinto, el color favorito de los actores viejos; allí Sandy, que aún tenía en el bolsillo restos de las pepitas de oro que le habían arrojado en San Francisco y Melbourne; Sandy, con su casaca forrada de piel de foca y su chaleco escarlata; allí el elegante Berrington y su levita de terciopelo negro, con cadena de oro que empezaba en el ojal y remataba en el bolsillo del costado, y sombrero tirolés ladeado con pluma de pavo real; allí también desconocidos, cuyo rostro se hundía en grasientas bufandas, y con ellos mujeres envueltas en chales de alfombra, semejantes á los que las verduleras ambulantes pasean sobre sus carros de hortaliza.

Penetraron, por fin, en el gabinete de Roberto, que era hombre chiquito, de tez curtida como pellejo de rinoceronte, y gataba aretes de oro.

Apenas hubo chapurreado Juan dos ó tres palabras de inglés, interrumpióle diciendo:

—Muy bien; justamente me hacen falta

un par de buenos gimnastas para Springthorp, en Hull. Pero no conozco á ustedes. ¿Dónde estuvieron contratados?

Esta pregunta recelaban los hermanos, y Juan se turbó un instante; entonces, de oscuro rincón del gabinete salió una voz, que advirtieron ser la de *Lombris de tierra*, diciendo á Roberto:

—Yo les conozco... Salen del Circo de la Emperatriz.

—Entonces me convienen ustedes... La contrata será para seis noches, contando desde el próximo sábado... Ganarán ustedes cinco libras.



XXIX

Después de las seis noches de Hull, en que lograron éxito completo, pasaron los dos hermanos por doce noches á Greenock en Escocia, haciendo de *estrellas*; y como *estrellas* también (que así se dice en Inglaterra) los ajustó un café cantante de Plymouth. Terminado el ajuste de Plymouth, invirtieron dieciocho meses, siempre metidos en el tren ó en el vapor, dando funciones en casi todos los pueblos importantes de los tres Reinos. Llegó, sin embargo, un día en que su fama de trapevistas les permitió rehusar las contrata, que les ocasionaban excesivos gastos de viaje. Juan se

proponía que su hermano y él viviesen de lo que ganaban, queriendo ahorrar el dinero de la venta del carricoche, conservándolo para un caso imprevisto, uno de esos contratiempos que ocurren á menudo en su profesión.

Tan dura vida, las fatigas de tan incessantes y continuos traslados, tenían la ventaja de permitir á los dos hermanos estudiar, por medio de rápidas adhesiones que duraban días, por la serie de permanencias en compañías diferentes, el trabajo de casi todos los gimnastas cómicos de Inglaterra. Su ajuste de trapevistas consintió á Juan y Nelo asimilarse la singularidad, la originalidad, la *guasa* gimnástica de todo payaso á cuyo lado pasaron una ó dos semanas; en una palabra, de penetrarse del *genius* íntimo y propio del arte, en sus diversas manifestaciones y en individuos diferentes. Los dos hermanos, ejercitándose secretamente, investigando, preparando invencioncillas jocosas, eran payasos ya;—payasos que tenían de antemano los trajes guardados en la maleta:—payasos dispuestos á hacer su aparición en el *ring*, así que casualmente la ocasión se les presentase.



XXX

No se hizo esperar la ocasión. Un día, en Carlisle, Newsome, director de una compañía de que momentáneamente formaban parte los dos hermanos, después de un rozamiento que surgió entre él y Francks, el ilustre y socarrón payaso Francks, se en-

contró repentinamente abandonado por su primer payaso y socio. Hallábase Newsome en el mayor aprieto, cuando le propuso Juan que hiciese una prueba con él y con su hermano. En breve aparecieron ambos en la pista, á la cabeza del batallón payasesco, vestidos con trajes caprichosos al par que bonitos, y Nelo dirigió al público, en excelente inglés por más señas, la frase sacramental de los payasos:

Here we are again - all of a lump! - How are you? (1)

Luego dió principio á una serie de escenas delicadamente bufas, entreveradas con habilidades, con posiciones académicas, con músicas extrañas, que mezclaban y confundían en rápidos cuadros, siempre nuevos, los torsos y los violines de ambos hermanos: escenas en que la distinción original del elemento cómico, la gracia elegante de la fuerza, el juvenil encanto de la clásica belleza de Nelo, y hasta el gozo infantil y risueño que mostraba al estrenarse, arrancaban á los espectadores frenéticos aplausos.

(1) Aquí volvemos—¡todos en montón!—¿Cómo están ustedes?



XXXI

Siniestra se ha vuelto la gracia del payaso inglés durante estos últimos años, y á veces le hace á uno correr por la columna vertebral lo que el siglo pasado llamaba *la muerte chiquita*. Ya no es la ironía sarcástica del *pierrot* de cabeza de yeso, que solo abre un ojo y se rie no más que con un lado de la boca; hasta ha desechado el elemento fantástico hofmanesco y lo sobrenatural burgués que por un instante sirvió de vehículo á sus invenciones y creaciones. Hoy se muestra

aterradora. Sorprende cuantas ansiosas emociones, cuantos estremecimientos nacen de las cosas contemporáneas; cuanto hay en ellas de trágico, dramático y taciturnamente desgarrador, bajo apariencias incoloras y grises, y lo ofrece al público en forma acrobática. Brinda y sirve al espectador el espanto: el espanto construido con observaciones minuciosamente crueles, apuntes feroces, asimilacioncillas implacables de fealdades y flaquezas de la vida humana, aumentadas y exageradas por el humorismo de caricaturistas terribles, formulado en medio del caprichoso espectáculo, con sabor de fantástica pesadilla, que causa un tanto de la angustiada impresión producida por la lectura del *Corazón revelador*, del americano Poe.

Diríase que es la representación de alguna diabólica realidad, iluminada por caprichoso y maligno rayo de luna. Y desde algún tiempo acá, en la pista de los circos y en los teatros y las salas de conciertos de la Gran Bretaña, todo se vuelve intermedios en que las cabriolas y brincos no tratan de entretener la vista, sino que se esmeran en derramar inquietud, asombro, emociones

medrosas y sorpresas casi dolorosas; enfermizos y extraños meneos de cuerpo y músculos, en que giran y se mezclan pugilatos sardónicos, horripilantes cuadros domésticos, lúgubres extravagancias, visiones de casa de Orates, de Saladero, de anfiteatro anatómico, de presidio y depósito de cadáveres. ¿Y qué decoración suele usar con más frecuencia semejante gimnasia? Un paredón, un paredón de extramuros, alumbrado por luz dudosa; un paredón que parece un tado de crímenes, y sobre cuya arista cabalgan, vestidos de frac negro, estos modernos fantasmas nocturnos, descolgándose por él y sacando unas piernas que se alargan y se alargan... como las que ven en sueños los fumadores de opio del remoto Oriente; y entonces, con la proyección de sus risibles y dislocadas sombras sobre el blanco paredón, semejante á paño de linterna mágica hecho de un sudario, principian las monománicas habilidades, la idiota gesticulación, la agitada mímica de un patio de dementes.

A tan pavorosa bufonada y á todas las demás, añade algo de mortuoriamente funambulesco, algo de danza macabra ejecu-

tada por ágiles enterradores que se solazan á su modo, el negro y raído frac, reciente librea del payaso inglés.



XXXII

En nada se parecía á la de los novísimos payasos ingleses la pantomima gimnástica de los dos hermanos. Había en ésta reminiscencias de la risueña comedia italiana, unida á algo de ensañador que revelaba el sonido de los violines, al rascarlos ambos hijos de Estefanía. Ejecutaban en el instrumento, ya cosas ingenuas que enternecían, ya cosas dulcemente cómicas que hacían sonreír, ya cosas levemente lunáticas que hacían meditar: y sazónaba todo el conjunto la gracia picaresca y pueril de Nelo, con encanto peculiar é inexplicable. Ade-